

llos con vocación luctuosa que vienen galopando desde Orlof; ha dicho que este coche es a la llanura lo que la góndola a Venecia (¿No ha visto cómo se mece, cariño?, y los dos son negros también, renegridos como el fuego de sus ojos, corazón"), porque además los difuntos bien pueden ser los enamorados de la muerte y es por eso que vuelven ("¡Ay, no me mire así, bombón, porque me mata!, pero muerto y embalsamado por un beso volvería") y habría que cantar dulces melodías cuando uno los conduce, como los gondoleros que llevan a las parejas a mirar la luna fantasmal en los canales. Eso le da oportunidad para cantar unas cuantas canzonetas, con tono vehemente y cara de agonía caballar, mientras Natalina lo acompaña apoyando la cabeza en su hombro y canturreando entre suspiros, y Laura aprovecha las pausas para vociferar con las almas del purgatorio: "¡Romped, rompéd mis cadenas!, ¡alcanzadme libertad!"

Están todos tan satisfechos que cuando dos o tres martinetas huyen del camino aleteando despavoridas, y dos hombres que cortan fruta en lo alto de un árbol se quedan en suspenso colgados de las ramas, y un grupo de muchachos que parecen vestidos de bichos canastos interrumpen sus juegos y nos miran boquiabiertos, y una anciana mendiga se santigua y se aplasta contra la pared con las andrajosas plumas revueltas, mis acompañantes se sonríen entre sí con hondo beneplácito como si cada una de esas reacciones hubiera sido el verdadero y único propósito de tanto despropósito. Estoy segura de que lamentan no tener confetti o serpentinas para dejar una constancia festiva de nuestro paso.

Y ya hemos completado la espectacular demostración deteniéndonos frente a un almacén del que Rafael ha extraído una jarra de sangría, dos naranjadas, cuatro vasos, tres paquetes de galletitas y una sarta de curiosos que aparecen y desaparecen alborotadamente y sin interrupción marcando cada entrada y cada mutis con empujones y con risas. Yo no he probado nada. Me limito a tragar, como puedo, el vidrio

molido de humillación y a sentir el sabor acre, intolerable del oprobio.

Ahora Rafael ha cruzado un alambrado y se interna en un terreno donde crecen las margaritas, las caléndulas y las vincapervincas mezcladas con yerbajos y otras plantas silvestres. Gira, corre, flota, se inclina agitando los faldones —el gigantesco yeguarizo engalorado retozando en su potrero edénico— y corta exaltado montones de flores con las que salta y vuela hacia nosotras y llega y sigue de largo y las coloca en ese espacio donde siempre viajan "ellos" en sus cajas acarameladas, debajo del bakdaquin, mientras le dice a Natalina con la dulzura de quien exprime un panal en la despiadada prensa de las quijadas.

—Son para usted, mi reina.

Y me parece que ya hemos empezado a andar cuando lo digo. Tal vez ni siquiera me hayan oído entre el rezongo de los caballos, los enfáticos crujidos de la maquinaria, los abejorros y los trémolos de la seducción, las victoriosas trompetas infantiles y el aplauso y los silbidos de los que se quedan. No importa. Aunque no me pregunten nada, repito para mí, para ayer, para nadie, con la voz enrarecida y sentenciosa del humo de Delfos:

—Se va a olvidar las flores. Se las va a olvidar.

Cuando llegamos es de noche. Mientras caminamos trabajosamente hacia la casa y oigo la voz grave y gangosa que murmura "Se olvida las flores", miro hacia la ventana donde debería estar yo espiando, esperándonos. Sé muy bien que no estoy, pero lo que aún no sé es por qué no la vi también a ella en mi visión pasada. Todavía no sé que fue un aviso, también. Todavía no sé que se quedó a recoger las flores y que siguió con él, el funerario caballero galanteador, casado y padre de tres hijos, hacia quién sabe qué extraño destino. No volvimos a verlos nunca más. El coche apareció unos días después, abandonado, con dos pares de sandalias doradas, en la estación de un pueblo lejano y polvoriento.♦

### La vida (a)lora

#### REMATE

El 28 de junio de 1986, en un cuarto de plana de *Excelsior*, apareció una convocatoria para el remate de una camioneta usada y chocada, de una dependencia de la SEMIP. Las bases para el remate se conseguían tres días después, en la ciudad de Culiacán, de 8:30 a 10. Las inscripciones se recibían de 10 a 11 del mismo día, en el mismo lugar. El remate era al día siguiente, en el lugar "donde se encuentra dicho vehículo", no especificado. Cumplidos los trámites, la camioneta sería adjudicada hasta en 140,000 pesos. Un anuncio de ese tamaño cuesta 370,000 pesos.

Deshacerse de todo y reducir el gasto, cueste lo que cueste.

G.Z.